

Las Moradas de los Corazones Abu Hasan al Nûrî de Bagdad

Una hermosa leyenda de luz aureola la vida piadosa de Ahmad Ibn Muhammad Abu' l Hasan al Bagawi, una de las figuras cumbres de la escuela sufí de Bagdad del siglo IX. Nuestro contemplativo, seguidor de Al-Muhasibî, de Al-Hakim al-Tirmidî y de Yapar Sâdiq e inspirador de figuras místicas de la talla de Qusayrî, Abû Nasr Al-Sarray, Yalâl ud dîn Rûmî y Manssur Hallây, cuya embriagada espiritualidad adelanta, ha pasado a la posteridad por el sobrenombre de Al-Nûrî, es decir, “el hombre de luz” o “el lumínico”. Sus contemporáneos y sus biógrafos ofrecen distintas versiones para explicar cómo el espiritual de Bagdad se hizo acreedor de su sobrenombre luminoso. Una versión asegura que cuando Nûrî hablaba durante la noche, la luz que emanaba de sus labios hacía resplandecer toda la casa. A Nûrî se le atribuía, de otra parte, el poder de leer los secretos recónditos de los corazones por la luz de la intuición: por eso su contemporáneo y compañero de camino Abû-l-Qâsim al Yunayd le da el apelativo adicional de yâsûs al-qulûb, o “espía de los corazones. Otra versión de la leyenda hagiográfica en torno al nombre simbólico de Nûrî recuerda que cuando el maestro se refugiaba a meditar durante la noche en su retiro del desierto una luz ascendía desde su celda hacia lo alto de los cielos oscurecidos. Por estos carismas que ponían de manifiesto una y otra vez la iluminación de su alma, su biógrafo Farid ud dîn Attar dio a Nûrî el sobrenombre del “alquibla de las luces” en su Tadkirat al awliyâ” (El Memorial de los santos).

Nûrî formó parte de la célebre escuela de Bagdad, paralela a la de Jorasán. Ambas escuelas habrían de sentar las bases de muchas de las modalidades místicas más importantes de la escuela espiritual sufí que habrían de desarrollarse en los siglos subsiguientes. Los tempranos gnósticos bagdadíes se debatían por entonces entre la predilección por el estado místico de la sobriedad (sahw) y el estado de la embriaguez (sukr): no cabe duda de que nuestro espiritual, de temperamento delicado y afectuoso, se encontraba entre quienes defendían al segunda postura. “Tenía la sensibilidad de un poeta”, comenta Paul Nwyia de esa alma enamorada. Para enmarcar adecuadamente el espacio cultural en el que se movía nuestro contemplativo, importa recordar que Nûrî fue hijo de la Bagdad abásida del siglo IX, centro por aquel entonces del imperio musulmán, que se extendía desde los confines de China hasta el Atlántico. Nûrî, fue, pues, el privilegiado receptor de la impresionante cultura, tanto religiosa como profana, que la Madînat al-salâm rival de Bizancio ofrecía a su sociedad de refinados o zurafâ', y que aún hoy evocamos desde el espejo literario sin par de las Mil y una noches.

La escuela de Bagdad, particularmente influida por Al-Muhâsibî, contaba entre sus miembros a místicos muy destacados como el citado Yunayd y Abû Bakû al Civil. El grupo era bastante nutrido, y cabe recordar también entre sus miembros a figuras menos conocidas como el Sheik Abû Hamza Muhammad b. Ibrahim al-Bagdâdî al-Bazzaz, Ahmad b. Masrûq Abû-l-Abbâs al-Tûsî, Al-Saqati, Abû Turâb al-Nasafî, entre otros.

Como algunos de sus correligionarios bagdadíes, Nûrî era de origen Persa, ya que su familia provenía del Jorasán. Pero la vida espiritual de nuestro contemplativo transcurre casi toda en Bagdad, donde nace hacia el 226/840. Abandonará su ciudad pocas veces: tenemos noticia de que hizo algunos viajes a la Meca y también de que estuvo exiliado en Basora y en Raqqa, donde se dice que se mantuvo en estado de silencio absoluto durante un año.

La vida de este temprano espiritual musulmán está entretejida, como salta a la vista, de leyenda, pero gracias a sus diversos biógrafos podemos tener una idea bastante aproximada de sus actitudes religiosas más representativas y de las características de las obras que se le atribuyen.

Nûrî se formó bajo la dirección espiritual directa del sirio Ahmad b. Abî-l-Huwwârî, quien fue su primer maestro de almas. Como colaborador y también seguidor de Abû Hamza, nuestro contemplativo se colocó desde un principio a la cabeza de la facción espiritual más extrema de los sufíes de la escuela mística de Bagdad. Sus apasionadas posturas de extático embriagado contrastaron con la tradición mística más prudente que siempre observó su compañero Yunayd, seguidor directo de las enseñanzas estrictas de Al-Muhâsibî. Nûrî, por su parte, se distinguió por su adhesión a la doctrina del amor puro, que Rabi'a al-Adawiyya de Basora había hecho célebre

mucos años atrás y que proponía amar a Dios sin temor de castigo y sin esperanza de recompensa. No es extraño que este espíritu amoroso, que tantas veces chocó con el intelectualismo teológico del cauto Yunayd, fuese a su vez un defensor acérrimo de la samâ o baile ritual de los derviches. “Un sufi es alguien que escucha la sama”, solía decir, y sus diferencias con Yunayd en este sentido fueron muy notorias. Los contemporáneos de Nûrî también nos han dejado testimonios de su ascetismo extremo: este enamorado “Príncipe de los corazones” hizo sin embargo gala de un rigor extremo en su vida de penitente. Se decía que permanecía cuarenta días de pie para martirizar su carne y que para superar su miedo de los leones vivía en las selvas que bordeaban el Tigres donde éstos abundaban. Auténtico fakir, el mismo Nûrî aseguraba que había entregado su voluntad en manos de Dios, viviendo una vida de absoluta sumisión a Sus designios. Con todo, una de las dimensiones de la vida religiosa de Nûrî que más llama la atención es su hondísima introspección espiritual. Cuenta su biógrafo Attar que un día cuando el maestro entró en meditación advirtió que su alma carnal y su corazón u órgano de percepción espiritual se habían unido. Pudo ver cómo su alma concupiscente arrebatada una y otra vez una porción de las luces celestiales que brillaban en el interior de su corazón. De ahí en adelante, el sabio contemplativo decidió desobedecer los impulsos bajos de su nafs. Incluso cuando le apetecía orar, ayunar o dar limosna, hacía lo contrario para burlar su alma sensitiva. Sólo entonces los secretos místicos comenzaron a revelarse de veras en lo hondo de su corazón. Todas las fuentes biográficas coinciden, de otra parte, en destacar el îtâr o doctrina de la preferencia de los demás sobre uno mismo como la máxima virtud espiritual de Nûrî. La anécdota más celebre de la vida de nuestro contemplativo está relacionada precisamente con esta virtud de la preferencia heroica de los demás sobre sí mismo. Gulâm Jalîl, un estricto hanbalí, denunció las doctrinas del amor puro y la proclividad al baile y a la música de varios sufíes del círculo de Nûrî: como consecuencia, Abû Hamza, Raqqam y el propio Nûrî fueron condenados a muerte por herejes. Aparentemente la condena se decidió con rapidez, porque cuentan las crónicas biográficas que el verdugo no tardó en hacer su aparición en la celda para decapitar a los prisioneros. En el momento en el que elevó su espada sobre la primera víctima, Nûrî se arrojó valientemente bajo el acero y ofreció su vida por la de su compañero. El verdugo lo echó a un lado diciéndole: “Aún no ha llegado tu turno”. Nûrî le exigió que le permitiera morir en el lugar de su amigo, ya que había elegido el camino espiritual de la preferencia que le enseñaba a anteponer el bienestar de sus compañeros sobre los suyos propios. “La cosa más valiosa del mundo es la vida - continuó explicándole al sayón- y al sacrificarla quiero dedicar los pocos momentos que me quedan sirviendo a mis hermanos. Hago esto a pesar de que me consta que un instante en esta vida vale más que mil años en la próxima vida. Porque este mundo es la morada del servicio, y el otro es la morada de la proximidad (A Dios). Y para mí la proximidad a Dios está en el servicio”. El Qâdî Ismael ibn Isaq, admirado, exclamó: “¡Si éstos son herejes, entonces no hay auténticos monoteístas!”. El califa, impresionado a su vez por la virtud de Nûrî, liberó a los tres contemplativos. Aunque Annemarie Schimmel considera que el grado heroico de îtâr que Nûrî mostró en esta ocasión es excepcional en el contexto de la espiritualidad islámica, el amor fraternal entre iniciados - que no tardó en entenderse como amor a la humanidad - terminó en efecto por ser uno de los rasgos distintivos del sufismo. Herbert Mason, por su parte, considera que la acusación de herejía contra estos sufíes embriagados contribuyó a crear la atmósfera de persecución que condujo a los juicios y al suplicio posterior del mártir Hallây.

Con sus doctrinas espirituales de entrega absoluta al amor de Dios y al amor fraternal para con sus hermanos, Nûrî formó a su vez una escuela mística que pasó a ser conocida como la escuela de “los Nûrîs”. De ella nos da cuenta detallada su biógrafo Al-Huywirî en su citado Kashf al Mahyûb. Pero las teorías místicas de nuestro contemplativo pionero, de una introspección y de un ímpetu afectivo verdaderamente excepcionales, tuvieron larga fortuna, No sólo alcanzaron a fecundar las figuras cimeras del sufismo, sino que el espectro de su influencia sobrepasó las fronteras del misticismo musulmán. Sorprendemos las últimas huellas del legado espiritual del antiguo maestro de Bagdad en la misteriosa simbología mística de san Juan de la Cruz y santa teresa de Jesús. Acaso nos esté vedado para siempre el saber exactamente a través de qué vías históricas se logró el diálogo intertextual que Nûrî y sus seguidores parecen sostener con los espirituales españoles del Siglo de Oro. Poco importa: el caso es que ya no podremos acceder a las Moradas teresianas y al Cántico espiritual del reformador del Carmelo sin tener en cuenta las remotas lecciones literarias de este ilustre pionero de la escuela mística de Bagdad.

Nûrî murió como había vivido: como un auténtico enamorado de Dios. Attar se hace eco esta vez del relato pío de sus contemporáneos, que dieron fe de cómo un día, cuando el contemplativo escuchó a un ciego exclamar: “¡Dios, Dios!”, le respondió anhelante de amor: “¿Qué sabes de Él? Y si sabes algo, ¿Cómo es posible que aún estés vivo?” Dicho esto, se sintió arrebatado por el éxtasis, y, fuera de sí, echó a correr a través de un campo de juncos recién cortados. Las hojas filosas le produjeron heridas profundas en las piernas y los pies, de las que se comenzó a desangrar rápidamente. Sus hermanos lo instaron piadosamente a decir la shahada: “No hay dios sino Dios”. A lo que nuestro contemplativo replicó gozoso: “¡pero si es hacia Allâh mismo adonde voy en estos momentos!”. Diciendo esto, el “príncipe de los corazones” rindió su alma. Yunayd, pese a las diferencias ideológicas que lo separaron en vida de Nûrî, deploró su muerte con unas palabras lapidarias: “la mitad del sufismo acaba de desaparecer con él”

Luce López-Baralt

Moradas de los corazones

De Abû-l-Hasan al-Nûrî de Bagdad

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso. La alabanza a Dios, Señor de los mundos, y que su paz se extienda sobre Sus leales siervos y escogidos, y Su bendición sobre nuestro señor Muhammad, su familia, y todos sus compañeros.

El Sheik Abû-l-Hasan al-Nûrî (que Dios se apiade de él) dijo: hay cuatro moradas en los corazones. Y esto es así porque Dios -enaltecido sea- dio al corazón cuatro nombres: pecho (sadr), corazón (qalb), corazón profundo (fu'âd), y corazón recóndito (lubb). El pecho (sadr) es la sede de la sumisión (islam), pues Dios -enaltecido sea- dejó dicho: “aquel a quien Dios ha abierto su pecho (sadr) al Islam...” (Corán 39,22). Y el corazón (qalb) es la sede de la fe, porque Dios -alabado sea- ha dicho: “Dios os ha hecho amar la fe y la ha embellecido en vuestros corazones (qulub)” (Corán 49,7). Y el corazón profundo (fu'âd) es la sede de la gnosis, según Dios -enaltecido sea- dejó dicho: “El corazón profundo (de Muhammad) no engaña (acerca) de lo que vio. ¿Dudaréis de él por lo que ve? (Corán 53,11). Y, finalmente, el corazón recóndito (lubb) es la sede de la proclamación de la Unidad de Dios, según sabemos a través de la Palabra revelada -enaltecida sea- : “hay, ciertamente, signos para los dotados de entendimiento (lubâb)” (Corán 3,190). El corazón recóndito es la sede de la Unidad de Dios; el corazón profundo es la sede de la gnosis; el corazón (qalb) es la sede de la fe y el pecho es la sede de la sumisión (islam). Proclamar la Unidad de Dios implica afirmar que Dios (al Haqq: la verdad) trasciende tu propia percepción de Él. Y la gnosis implica el conocimiento positivo de Dios a través de Sus excelsos atributos y de Sus nombres supremamente hermosos. La fe, de otra parte, puede ser comparada con un collar que restringe el corazón, de manera que éste pueda a su vez restringirse de toda cosa -tanto dañina como beneficiosa- que no sea Dios mismo, alabado y enaltecido sea. Tener sumisión, por otra parte, implica supeditar todos los asuntos -tanto los interiores como los exteriores- a la voluntad de Dios, alabado y enaltecido sea.

Estas luces (la iluminación que implica estos cuatro grados de conocimiento espiritual) moran en lo más secreto del alma de aquellos que proclaman la Unidad de Dios (tawhîd). Y la gnosis (ma'rifa) no es posible sin que se proclame la unidad de Dios; y la fe no es posible sin la gnosis; y la sumisión tampoco es posible sin la fe. De aquí se desprende que aquel que no proclama la Unidad de Dios no posee la gnosis; y aquel que no tiene gnosis no tiene fe; y aquel que no tiene

fe no tiene sumisión; y aquel que no tiene sumisión no puede obtener beneficio de sus propias buenas obras, actos ni virtudes.

La luz de la sumisión ilumina al siervo de Dios en lo concerniente a su fin último, ya que se lo recuerda repetidamente (zikr). Y la luz de la fe le permite guardar en su corazón las palabras exteriores que recibe (en éxtasis); y la luz de la gnosis le recuerda (zikr) sus antecedentes; y la luz de la proclamación de la Unidad le revela la Verdad (al Haqq). Y la rememoración del fin último (del siervo de Dios) requiere la guía espiritual o gobierno del alma (nafs: alma sensitiva). Y el mantenimiento de las palabras exteriores recibidas en éxtasis en lo profundo del corazón requiere el ejercicio espiritual (o pacificación) por parte del alma. Y la rememoración (zikr) de los antecedentes del siervo de Dios requiere la cuidadosa guarda del corazón. Y su testimonio de las verdades espirituales requiere lealtad a los derechos de Dios.

De esta manera, gracias al gobierno de su alma, el siervo fiel obtiene la aceptación de Dios. Y cuando guarda su corazón obtiene la verificación experiencial de la Verdad; y a través del ejercicio espiritual o pacificación del alma obtiene la ayuda de Dios, (que lo protege de caer en perdición); y gracias a la fidelidad llega a Dios mismo -alabado y enaltecido sea.

El gobierno del alma la protege y le permite conocerse a sí misma. Y el ejercicio espiritual encamina al siervo de Dios hacia la educación de su alma y al dominio de sí mismo. Y la vigilancia (del alma) lo hace capaz de leer inscrita en su conciencia la justicia de Dios -enaltecido sea-. Y la observación implica guardar los derechos del Señor en lo más recóndito de su conciencia íntima. Y el cuidado (del alma) le impone al siervo el cumplimiento de sus pactos. Y la vigilancia espiritual de su alma requiere la preservación de los límites prescritos. Y el ejercicio espiritual le permite quedar satisfecho con la existencia. Y el gobierno del alma lo hace resignarse con lo ausente. Y éstos son todos los actos de veneración - tanto ocultos como manifiestos, exteriores e interiores - que Dios ha impuesto a Sus siervos.

Descripción de la casa del corazón del creyente

Debes saber que Dios -enaltecido sea- creó una casa en el interior del creyente, que se llama corazón (qalb). E hizo soplar en esta casa un viento que procede de Su generosidad, y con él la purifica de la asociación, de la duda, de la hipocresía y de la discordia. Luego envió Dios a esta casa una nube procedente de Su gracia. Y al hacer que lloviera sobre la casa del corazón, hizo que distintas clases de plantas germinaran: las plantas de la certeza, las plantas de la confianza, las plantas del temor a Dios, las plantas de la esperanza y las plantas del amor. Entonces Dios colocó en el fondo de la casa el diván de la Unidad, y extendió sobre el diván el tapiz de la satisfacción. Luego plantó frente a la casa el árbol de la gnosis, cuyas raíces penetran el corazón del creyente, mientras que sus ramas se extienden al cielo, llegando justamente debajo del Trono de Dios (Corán 14,24). Y Dios puso a la parte derecha (de este árbol) el diván, y, a su parte izquierda, un tálamo, formado por Sus leyes.

Entonces abrió Dios (en la casa del corazón) una puerta que conduce al jardín de Su misericordia, donde ha plantado distintas especies de plantas aromáticas: plantas de alabanza, y planta de exaltación, y plantas de glorificación, y plantas de la rememoración de Dios. Entonces cerró esta puerta para evitar que le ocurriera daño alguno (al corazón del creyente), y guardó la llave, y no la confía a ninguna de Sus criaturas: ni siquiera a Gabriel, Miguel, Israfil, o a ningún otro.

Entonces dijo el Señor - grande es Su Majestad- : “Éste es Mi tesoro sobre Mi tierra, el lugar de Mi mirada y la mansión de Mi tawhîd (proclamación de Mi Unidad). Yo soy el que habita en esta Morada de refugio. ¡Qué bendito Morador y qué bendita Morada!”.

Rememoración (zikr) de la bondad de Dios
En el corazón del creyente, que lo capacita
Para que pueda conocer a su Hacedor.

Debes saber que Dios -enaltecido sea- puso siete cosas en el corazón del ser humano para que éste pudiera conocerle. La primera es la mansedumbre (linâ), con la que ha ablandado el corazón para hacerlo maleable, tal como queda indicado: “(Al oír la revelación de la escritura) se estremecen quienes tienen miedo de su Señor; luego se calman en cuerpo y en espíritu al recuerdo de Dios” (Corán 39,23). Entonces, luego de la mansedumbre, viene la expansión, según la palabra de Dios, enaltecido sea: “...aquel cuyo pecho Dios ha expandido al Islam camina en la luz que procede de su Señor.” (39,22). Es decir, aquel a quien Dios le ha expandido el corazón de manera que contenga toda la sabiduría que los cielos, la tierra y las montañas son incapaces de contener (33,72). Después viene la curación de la enfermedad, según la palabra de Dios, enaltecido sea: “(Dios curará (el resentimiento de) los pechos de la gente creyente” (9,14). Después viene la guía espiritual, pues ha dicho Dios: “Dios os ha hecho amar la fe, engalanándola a vuestros corazones” (49,7). Luego está la tranquilidad (sakîna) y la quietud, que hace que el corazón sólo encuentre sosiego en Él, según la palabra de Dios, enaltecido sea (48,4): “Él es quien hace descender la tranquilidad en el corazón de los creyentes...”. Finalmente, se encuentra la iluminación, como dice la palabra de Dios (24,35): “Dios dirige a Su luz a quien Él quiere”.

Dios actúa en los corazones de sus enemigos Para que le nieguen.

Y estas acciones de Dios en los corazones de Sus enemigos son siete. La primera es la constricción, y con ella Dios constriñe el corazón de manera que no pueda contener la gnosis y la Unidad de Dios. Como Él ha dicho (Corán 6,125): “(Dios estrecha y oprime el pecho de aquel a quien Él quiere extraviar...” Luego endurece Dios el corazón para que no pueda ablandarse por las palabras ni por los profetas, ni de los santos, ni de los maestros, según dice la palabra de Dios -enaltecido sea-: “se endurecieron vuestros corazones” (2,74). Entonces Dios torna negro estos corazones: “Pero ¡no! Lo que han cometido ha cubierto de herrumbre sus corazones” (83,14). Luego oscurece Dios estos corazones, según Su palabra, enaltecido sea: “Nuestros corazones están incircuncisos” (2,88). Dios sella entonces el corazón de manera que no pueda abrirse: “Dios ha sellado sus corazones” (2,7) - y le echa el cerrojo: “... ¿es que sus corazones están cerrados con candados?” (47,24) Después de todo esto, Dios hace que (sus enemigos) rechacen Su gnosis, tal como está escrito: “Los corazones de quienes, altivos, no creen en la otra vida Le niegan” (16,22) Por esta razón Dios les niega Su Unidad y Su Señorío y la rememoración (zikr) de Sus mensajeros y la rememoración de Sus promesas y Sus advertencias.

Hay tres corazones

El primer corazón es el corazón del infiel (desobediente). Es una morada en ruinas habitada por demonios y llena de inmundicias e impurezas. El segundo corazón es el corazón del fiel (obediente), y es la residencia de los sabios, de aquellos cuyas acciones son sinceras y puras. Dios guarda cosas en ese corazón, y ha puesto un guardián que vele por su protección. Y, finalmente, está el corazón del gnóstico, que es una morada llena de tesoros dignos de un rey, repleto de joyas, de perlas y de piedras preciosas. Y el Señor mismo es su protección, y su guardián, y su custodio, y El que vela sobre (este corazón). No hay Señor sino Él.

Los corazones de los gnósticos

Dios -enaltecido sea- tiene jardines sobre la faz de la tierra. Aquel que aspira el perfume de estos jardines ya no desea el Paraíso. Y estos jardines son los corazones de los gnósticos.

Descripción del “corazón en paz”

Dios señala el corazón en paz cuando coloca debajo de él la fidelidad; y sobre él, el contentamiento; y pone la generosidad a su derecha; y el anhelo a su izquierda; y el encuentro (con Dios) por delante; y, por último, la vida eterna por detrás. Y dice: el corazón tiene cuatro estaciones. En la primera estación el corazón se protege contra la duda. En la segunda, el corazón queda defendido de los avatares de la pasión amorosa que extravía. En la tercera, el corazón se guarda de la hipocresía y de la vanidad. Y finalmente, en la cuarta, el corazón queda salvaguardado de recordar nada que no sea la rememoración de Dios (zikr) -enaltecido sea-. El maestro Shuya al dIn al-Kirmaní ha dicho: la conciencia interior en estado de paz puede ser reconocida por tres señales: confía en todos, ve exclusivamente el bien en la gente, e intenta excusar a todo el mundo.

Los corazones de los amantes

Dios dijo a Moisés - sobre él la paz-: “reserva tu corazón para Mi amor, porque lo he escogido como campo abierto de Mi amor, y he extendido sobre él un dominio hecho del conocimiento de Mí y he construido allí una casa hecha de la fe en Mí. He desplegado en tu corazón un sol que es el deseo de Mí; una luna que es el amor de Mí, y estrellas que constituyen las visitas que hago (a este corazón). Y he colocado en tu corazón una nube de la meditación en Mí; y he hecho soplar el viento de Mi asistencia, y finalmente he hecho llover sobre él la lluvia de Mi favor. He plantado en tu corazón la semilla de Mi veracidad, y he hecho crecer allí árboles de la obediencia a Mí debida: sus hojas son la fidelidad, y las frutas que penden de él significan la sabiduría que nace de la conversación íntima conmigo. He desatado en tu corazón ríos de las ciencias sutiles de Mi preeternidad, y finalmente he colocado en tu corazón el amor de Mi certeza.

Los castillos del corazón del creyente

Has de saber que Dios -enaltecido sea- ha creado en el corazón del creyente siete castillos con cercos y muros alrededor. Ordenó al creyente que se mantuviera dentro de estos castillos, mientras permitió que Satanás permaneciera fuera, desde le llama y le ladra como el perro. El primer castillo cercado es de corindón, y es el conocimiento místico de Dios -enaltecido sea-; y a su alrededor hay un castillo de oro que es la fe en Dios -enaltecido sea-, y a su alrededor hay un castillo de plata, que es la pureza de intención en los dichos y en la acción; y a su alrededor hay un castillo de hierro, que es la conformidad con el divino beneplácito; y a su alrededor hay un castillo de bronce, que es la ejecución de las prescripciones de Dios -enaltecido sea-; y a su alrededor hay un castillo de alumbre, que es el cumplimiento de los mandamientos de Dios positivos y negativos; y a su alrededor hay un castillo de barro cocido, que es la educación del alma sensitiva (nafs) en toda acción.

Como dice la palabra de Dios -enaltecido sea-, “Tú no tienes poder alguno contra Mis siervos” (Corán 15,42). El creyente está, pues, en el interior de estos castillos, y el que está en el castillo de corindón, Satanás no tiene manera de llegar a él, siempre que cumpla con las reglas de la conducta del alma. Pero si deja de cumplirla y dice “no es necesario”, entonces Satanás obtiene de él este castillo, que es de barro cocido, y codicia el próximo. Cuando el creyente se vuelve negligente en el cumplimiento de los mandamientos de Dios positivos y negativos, obtiene Satanás de él el castillo de alumbre, y codicia el tercero. Cuando el fiel abandona la conformidad con el beneplácito de Dios -enaltecido sea-, toma Satanás de él el castillo de cobre y codicia el cuarto, y así, sucesivamente, hasta el último castillo.

El fuego del corazón del creyente

Hay cuatro clases diferentes de fuego en el corazón del creyente: el fuego del temor, el fuego del amor, el fuego de la gnosis y el fuego del deseo (sawq). El fuego del temor quema la dulzura de la desobediencia; el fuego del amor quema la dulzura de la obediencia; el fuego de la gnosis quema la dulzura del apego; y el fuego del deseo quema el espíritu mismo, hasta que finalmente alcanza el Beneplácito del Bien Amado.

El jardín del corazón del gnóstico creyente

El corazón del gnóstico pasta en tres prados: en el prado de la severidad; en el prado de las bendiciones; y en el prado de la gracia: Cuando el corazón pasta en el prado de la severidad (de Dios) lo subyuga el pudor; y cuando pasta en el prado de las bendiciones, lo subyuga la esperanza; y cuando pasta en el prado de la gracia, se mantiene firme en la fidelidad.

Las luces del corazón del gnóstico

Hay tres luces en el corazón del gnóstico: la luz de la gnosis, la luz del intelecto, y la luz de la ciencia. La gnosis es como el sol, la inteligencia como la luna, y la ciencia como las estrellas. Entonces la luz de la gnosis tiende un velo sobre la pasión, y la luz del intelecto tiende un velo sobre la concupiscencia, y la luz de la ciencia tiende un velo sobre la ignorancia. Entonces, por la luz de la gnosis el gnóstico contempla a su señor -enaltecido sea-; y por la luz del intelecto acepta la Verdad; y por la luz de la ciencia, vive de acuerdo a esa Verdad.

La primera cosa que aparece en el corazón Del gnóstico

La primera cosa que aparece en el corazón de aquel a quien Dios desea la felicidad es una luz. Esta luz se transforma entonces en brillantez, luego en un rayo, luego en una luna y finalmente en un sol. Entonces, tan pronto como esta luz hace su aparición en el corazón, el mundo y todo lo que contiene pierde valor. Y cuando la luz se transforma en una luna, el gnóstico renuncia al más allá y a todo lo que éste pudiera contener; y cuando la luz se convierte en un sol, el gnóstico ya no contempla este mundo ni lo que hay en él, ni el más allá con cuanto pudiera ofrecer: no conoce a nada sino a su Señor -enaltecido sea-. Entonces su cuerpo es luz, y su corazón es luz, y también es su palabra: “¡Luz sobre Luz! Dios dirige a Su Luz a quien Él quiere” (Corán 24,35)

Los océanos del corazón del gnóstico

El gnóstico no ha de cruzar la sublimidad de su Señor hasta que no cruce tres océanos: el océano de la Condición Señorial, el mar del Ampara y el mar de la Divinidad. Cuando se sumerge en el mar de la Condición Señorial, el gnóstico sabe que Dios es su Señor y que él es su vasallo. Entonces su corazón se sumerge en el mar de la meditación, y su lengua se sumerge en el mar de la memoria de las bendiciones, sus ojos en la consideración de la felicidad y su alma en el servicio de la búsqueda de satisfacción. De este modo, el gnóstico debe hacer de la obediencia un mar, de su servicio a Dios, un barco; de la meditación en la felicidad, su vela; de la memoria de las bendiciones de Dios, el viento que lo ha de llevar; y de la consideración de la gracia, el guía

que conduce al barco. El viento de la gracia guía el barco y lo conduce hasta el océano del Ampara, donde ya no hay barco: entonces el gnóstico debe extender el puente del deseo, del amor y de la penitencia: al cruzarlo, llegará al océano de la Deidad.

El que llega a este océano ya no tiene barco ni puente. Ahora debe abandonarse (rendir su alma) y sumergirse en el mar hasta que le viento de la Divina Intimidad y la ola de la generosidad lo lleven hasta la orilla. Allí conocerá la Majestad del señor -enaltecido sea. Entonces, una vez el gnóstico haya experimentado la majestad y la gloria de Dios -enaltecido sea-, su corazón queda embellecido por cuatro cosas: en su mismo centro, por la lámpara de la gnosis; a su derecha, por la irradiación de la grandeza de Dios; por la parte delantera, por la majestad de Dios; y por la derecha, por el poder de Dios. Entonces, cuando el siervo percibe por la luz de la gnosis y por vía de contemplación, Lo ve a Él a través de la puerta de la gnosis -y Lo percibe con aprehensión y temor-. Y cuando contempla frente a sí, Lo ve a través de la puerta de la gloria, y queda avasallado por el miedo y el espanto. Y cuando contempla hacia atrás, ve a Dios a través de la puerta del poder, y queda subyugado por la humildad y la indigencia. Y así cae en cuenta que su corazón se encuentra en la gracia de Dios -enaltecido sea-. Y pone el temor como sello sobre su lengua de manera que sólo pueda hablar a través de Él; y cubre sus ojos con pudor de manera que no puedan ver nada que no sea Él; y hace del temor un brazaletes para sus manos, de manera que no pueda tomar nada que no sea Él; y del terror una cadena para sus pies, para andar tan sólo hacia Él. Entonces los velos de los cielos se abren y los ángeles le acompañan.

El árbol de la gnosis en el corazón del gnóstico

Cuando la lluvia de la generosidad cae sobre el corazón, el árbol de la gnosis crece. Tiene cinco ramas: la primera rama sube hasta el trono de Dios; la segunda se extiende hacia el este; la tercera hacia el Oeste; la cuarta hacia el horizonte derecho (Norte), y la quinta hacia el horizonte izquierdo (Sur).

La rama que sube hacia el trono de Dios se alimenta del agua de la beatitud y su fruto es la conversación íntima con Dios. La rama que se extiende hacia el Este se alimenta del agua de la generosidad y su fruto es el servicio. La rama que se extiende hacia el Oeste se alimenta del agua de la misericordia y su fruto es la ciencia y la admonición que trae como consecuencia la meditación y la obediencia. La rama que se extiende hacia el horizonte derecho (Norte) se alimenta del agua del amor y su fruto es la rememoración (zikr) continua. Y, finalmente, la rama que se extiende hacia el horizonte izquierdo (Sur) se alimenta del agua de la conversión, y su fruto es el fruto de Su visión.

Las características del lenguaje, del habla Y del oído del corazón del místico

El corazón del creyente gnóstico tiene tres características. La primera es que en este mismo corazón todos los pecados se cubren con el velo del arrepentimiento, y todos los tesoros de este mundo se esconden bajo el velo de la memoria de Dios (zikr), mientras que todo lo demás se esconde bajo el velo del amor de Dios -enaltecido sea- hasta que no queda nada más en su corazón sino el amor de su Señor.

Y el habla del corazón del gnóstico se ocupa de la memoria (zikr); de las bendiciones y de la gracia de Dios y de la custodia de su alma. Y habla con gnosis (ma'rifa) a través de cuatro cosas: el lenguaje de la alabanza, el lenguaje de la gratitud, el lenguaje del sufrimiento y el lenguaje del arrepentimiento. Entonces el lenguaje de la alabanza media entre él y la gracia de Dios. Y el

lenguaje de la gratitud media entre él y su Creador, mientras agradece a su señor por Su creación. Y con el habla del sufrimiento se queja ante su Señor de su propia alma; y con el habla de la absolución le pide a su Señor perdón por sus pecados. Y el oído se dirige hacia tres cosas: la revelación, el comentario y la interpretación: Cuando escucha la revelación cree en ella; y cuando escucha su comentario, se esfuerza por ponerlo en práctica; y cuando escucha su interpretación, su conocimiento se abre al conocimiento de Dios.

El corazón del creyente está hecho a imagen de una casa

El corazón del creyente es a imagen de una casa con dos puertas: una abre a este mundo y la otra al más allá. La que abre a este mundo es la admonición, mientras la que abre al más allá es la meditación. En esta casa hay un diván con cuatro soportes hechos del respeto a la majestad de Dios, de la humildad en la obediencia, del rechazo de la desobediencia y del temor al fin último. Sobre el diván se sienta un rey que tiene dos visires: el rey es la certeza, mientras que el visir a su derecha es el temor y el visir a su izquierda es la esperanza. Frente al diván se extiende un patio abierto, y en su esquina derecha hay doce mayordomos reales. El primer mayordomo real es la profesión de la fe (shahâda), que es el ornamento del Islam; y el segundo es la oración, que es el pilar del Islam; el tercero es el azaque, que es la pureza del Islam; y el cuarto es el ayuno, que es el logro del Islam; y el quinto es la peregrinación, que es el sostén del Islam; y el sexto es la benevolencia, que es la fuerza del Islam; y el séptimo es el mandamiento de lo prescrito, que es la protección del Islam; y el octavo es el rechazo de lo prohibido, que es la prueba del Islam; y el noveno es la comunidad del Islam, que es su adorno, y el décimo es la limosna (voluntaria), que es la esencia del Islam; y el undécimo es el respeto por los parentescos de sangre, que es la compasión del Islam; y finalmente, el duodécimo es una buena muerte, que es la preservación del Islam.

La gnosis en el corazón del creyente es a imagen de un árbol

La gnosis en el corazón del creyente es como un árbol que tiene siete ramas: la primera se extiende hacia sus ojos; la segunda hacia su lengua; la tercera hacia su corazón; la cuarta hacia su alma; la quinta hacia la creación de su Señor; la sexta hacia el otro mundo y, finalmente, la séptima se extiende hacia el mismo Dios -enaltecido sea. Dos frutos crecen de cada una de estas ramas: la rama que se extiende hacia los ojos produce las frutas del lamento y las lágrimas; y la rama que se extiende hacia la lengua produce la sabiduría y el buen discernimiento; y la rama que se extiende hacia el corazón produce anhelo y contrición; y la rama que se extiende hacia el alma produce renuncia y devoción; y la rama que se extiende hacia la creación produce fidelidad y lealtad; y la rama que se extiende hacia el más allá produce la felicidad y el Paraíso; y finalmente, la rama que se extiende hacia el Señor produce la Visión y la proximidad.

La imagen del árbol de la pasión

La pasión en el corazón de todo hijo de Adán es como un árbol que tiene siete ramas. La primera rama se extiende hacia los ojos; la segunda hacia la lengua; la tercera hacia el corazón; la cuarta hacia el alma; la quinta hacia las criaturas; la sexta hacia este mundo; y la séptima hacia el más allá. La frutas de la rama que se extiende hacia los ojos son el deseo y el apetito; y las frutas de la rama que se extiende hacia la lengua son la indiscreción y la calumnia; y las frutas de la rama

que se extiende hacia el corazón son el odio y la enemistad; y las frutas de la rama que se extiende hacia el alma son la legitimidad y la sofistería; y las frutas de la rama que se extiende hacia las criaturas son la astucia y el engaño; y las frutas de la rama que se extiende hacia este mundo son la vanidad y la hipocresía; y las frutas de la rama que se extiende hacia el más allá son la tristeza y el remordimiento.

Los jardines del corazón del gnóstico

Diez jardines constituyen el corazón del gnóstico: el primero es el jardín de la proclamación de la Unidad de Dios; el segundo es el jardín del camino recto; el tercero es el jardín de la certeza; el cuarto es el jardín de la humildad; el quinto es el jardín de la legitimidad; el sexto es el jardín de la benignidad; el séptimo es el jardín de la generosidad; el octavo es el jardín de la sinceridad; el noveno es el jardín del contentamiento; y el décimo es el jardín de la sabiduría. El creyente se ocupa siempre del cuidado de estos jardines.

De modo que si el gnóstico llega a encontrar en el jardín de la proclamación de la Unidad de Dios las espinas de la idolatría y de la hipocresía, las arranca y las arroja lejos de sí. Y si encuentra en el jardín del camino recto las espinas de la pasión y la herejía, las arranca: Y si encuentra duda y suspicacia en el jardín de la certeza, las arranca; y si encuentra vanidad y arrogancia en el jardín de la humildad, las arranca; y si encuentra odio y opresión en el jardín de la benignidad, las arranca; y si encuentra avaricia y codicia en el jardín de la generosidad, las arranca; y si encuentra hipocresía y vanagloria en el jardín de la lealtad, las arranca; y si encuentra aprehensión y agravio en el jardín del contentamiento, las arranca; y finalmente, si encuentra ignorancia y descuido en el jardín de la sabiduría, las arranca.

Las lluvias que caen sobre los corazones de los amigos y de los enemigos de Dios

Hay dos clases diferentes de lluvias: la lluvia de la misericordia y la lluvia de la retribución: la lluvia de la misericordia es el resultado de la felicidad y la lluvia de la retribución es el resultado de la desdicha. Y hay tres cosas que impiden que caiga la lluvia de la misericordia (sobre el corazón): la primera es la contaminación del corazón con el disimulo; la segunda es la contaminación del intelecto con la pretensión; y la tercera es la contaminación de la mente profunda (conciencia) con la hipocresía.

La lluvia de la retribución derrama tres cosas sobre el corazón: la primera es que como de lo prohibido; la segunda es que no cumple con las prescripciones legales y la tercera es que asume la intención de hacer el mal. La lluvia de la misericordia, de otra parte, cae (sobre el corazón) con cuatro cosas: el trueno del temor, el relámpago del anhelo, la lluvia de la generosidad y el viento del solaz. Entonces el trueno del anhelo retumba en el corazón de los arrepentidos; y el relámpago de la nostalgia estalla en el corazón de los ascetas; y la lluvia de la generosidad cae sobre los corazones de los amantes y el viento del solaz sopla en el corazón de los gnósticos. Cuatro cosas, de otra parte, acompañan la lluvia de la retribución: el trueno de la separación; el relámpago del odio, la lluvia de la enemistad y el viento del ocultamiento. El trueno de la separación resuena en el corazón de los incrédulos, y el relámpago del odio estalla en el corazón de los hipócritas, y la lluvia de la enemistad cae sobre el corazón de los injustos, mientras que, por último, el viento del ocultamiento sopla sobre el corazón de los desobedientes.

Traducción de Árabe
Luce López-Baralt